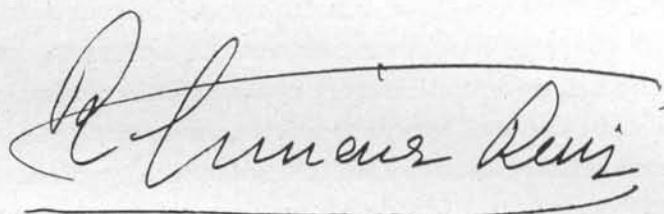


Los casos de transparencia aunque esta sea perfecta y se vea el fondo ocular con toda nitidez, no dan, como parece debería ser, la visión normal; la mayor parte de las veces la visión oscila entre 0,2 y 0,5, seguramente por irregularidad astigmática. Por poco opaco que sea el trasplante, la visión baja en seguida, aunque ello constituye en casos de leucoma opaco un éxito funcional.

Con ello termino y creo haber dado cuenta del estado actual de la queratoplastia con imparcialidad, es decir sin entusiasmos y sin pesimismo.

Muchas gracias por la atención de todos, y sabed para siempre que estoy convencido de ocupar un sitio que solo con mi voluntad y deseo, podré llevar dignamente y termino como el famoso Caudillo: «Para mí la Patria nunca será triunfo, sino agonía y deber».




Contestación del Director de la Academia
Dr. Don José Amo Serrano.

Voy a prescindir de esa frase de cortesía o de modestia, más o menos sincera con que suelen empezarse estos discursos. Harto evidente es la decadencia en que me encuentro por los estragos de los años y los trabajos que para mí ha tenido la vida. Pero a pesar de estos hechos cometo el voluntario anacronismo de querer presentar al Sr. Giménez Ruiz en este acto, y darle la bienvenida en nombre de esta Academia. Esto se explica porque conozco la inclinación que el nuevo académico ha tenido siempre con nuestra corporación, dando conferencias antes de pertenecer a ella y porque se trata de un Médico oculista, y la oftalmología fué para mí siempre objeto de preferencia durante muchos años, y aun cuando no alcancé la consideración de especialista distinguido, presté mis cuidados a gran número de enfermos de los ojos y practiqué todas las operaciones que entonces se conocían para el tratamiento de los afectos de órganos tan importantes.

Es tarea muy fácil el hacer la apología del Sr. Giménez Ruiz, porque tiene una personalidad muy destacada y conocida. Le vemos muy joven vis-

tiendo el traje de Sanidad Militar y fiel cumplidor de sus deberes; en su actuación en Marruecos se acreditó bastante, tanto en el campo de batalla como en los hospitales, y según se desprenden de los frecuentes relatos de su vida de campaña, actuó como patriota verdadero interesándose en el triunfo de las armas españolas

Avanzando en la vida y por inclinación a los goces familiares, ganó en buena lid, una plaza de Médico Oculista en el Hospital provincial y allí empleó sus actividades en el ejercicio de la especialidad que cultiva con predilección particular. Lo mismo en los enfermos hospitalizados, que en los de su clientela particular, es notoria su conciencia profesional, prodigando ciencia al cliente y consuelos al que sufre.

Aún después de alcanzar buena posición, no se detiene dormido en sus laureles. Viaja por Italia, Francia y Portugal, asiste a los principales Congresos Oftalmológicos, donde se relaciona con los oculistas de mayor renombre.

Entre las aptitudes de nuestro buen académico, se descubre otra bastante interesante y no muy frecuente entre los que se dedican a profesiones médicas; el Sr. Giménez Ruiz, es un músico inteligente que posee bastante instrucción artística. No es el aficionado vulgar que asiste a los actos musicales por costumbre o rutina, sino persona culta que ha recibido lecciones de buenos maestros, en este arte sublime. En el Sr. Giménez Ruiz se repite el caso de Orfila, que, célebre Médico, cantaba con notable maestría en reuniones particulares.

El espíritu progresivo y adaptable a muchas actividades de nuestro compañero, le ha llevado también al campo de la política; ha desempeñado por dos veces el cargo importante de Alcalde de nuestra Ciudad. Permitidme que no acompañe a nuestro oculista más que hasta la puerta de este templo vedado para mí. Reconozco que no se puede gobernar a gusto de todos. Desde la Alcaldía, hay que confesar sin embargo, que se ha mostrado amable con el público, sufriendo con cortesía las insensatas peticiones que asedian corrientemente a las autoridades y me parece haberlo visto siempre inclinado a favorecer todo lo que en su conciencia es bueno y justo.

El discurso que acabais de oír, prueba sobradamente todo cuanto digo en honor del nuevo Académico, en lo que se refiere a su valor profesional y científico. Es de sentir que el fondo de su contenido no esté al alcance sino de los que cultivan la oftalmología, pero encierra una enseñanza que todos pueden percibir con facilidad y que es bastante consoladora para los enfermos de los ojos. El progreso que la oculística ha alcanzado en estos últimos tiempos, es considerable; no ha mucho que toda la intervención médica y toda la especialidad estaba reducida a insuflar en los ojos enfermos con un canuto, polvo de azúcar cande, y lo que es peor y más sucio, aplicar ciertas secreciones humanas, y cuando estos medios fracasaban, se pronunciaba la frase final: «A los

ojos con los codos»; refrán bárbaro que servía a maravilla para encubrir la ignorancia, pero que consolaba al paciente.

Otra de las creencias vulgares, consecuencia lógica de la aplicación del adagio que acabo de recordar, era el miedo del público a las intervenciones quirúrgicas, fiándolo todo a la absurda terapéutica antigua. Gúice Guiciardini, antiguo médico italiano, dice con infantil ingenuidad, que a Julio de Este, personaje de ilustre familia a quien le sacaron los ojos, se los colocaron de nuevo en sus órbitas y recobró la visión de un modo perfecto con solo los cuidados médicos. Todas estas fantasías, no tienen otro valor que el de curiosidades históricas. El conocimiento de las afecciones oculares, marcha con celeridad incansable, a pesar de lo árido y difícil del terreno, y las intervenciones de la cirugía ocular, como nos enseña el Sr. Giménez Ruiz en su discurso, no se limitan ya a la parte anterior del ojo, sino que penetran hasta la retina; el porvenir de los ciegos es pues muy consolador.

Seguir todos los detalles, repetir y comentar el trabajo que acabamos de escuchar, me parece tarea improcedente e infecunda, pero permitidme como conclusión o epílogo de esta sesión, vagar un poco por lo que pudiéramos llamar la oftalmología vulgar, tema que siempre es inagotable e interesante, y que como todo lo que se refiere a la madre naturaleza, nos atrae con su espléndida hermosura.

En la serie animal se ve una gradación sorprendente en la conformación que presentan los órganos de la visión. Desde los seres inferiores que solo tienen por retina una superficie plana o con foveas que les dá solamente la idea de la luz, dada la falta absoluta de órganos visuales, como sucede en los proteos, reptiles que viven en el fondo de las grandes cavernas americanas, hasta la admirable, complicada y potente disposición de los ojos de las aves de rapiña, que desde increíbles alturas exploran cuanto acontece en la superficie de la tierra y que pueda servirles de presa para saciar su voracidad, ¡cuántas gradaciones se presentan a la curiosidad e investigación del naturalista y del filósofo!

En el orden de lo fabuloso se refiere que en tiempos remosísimos hubo una raza de hombres de constitución y fuerza hercúlea que construyeron los monumentos más primitivos, compuestos de inmensos bloques de piedra. Estos seres singulares, tenían un solo ojo en el centro de la frente; en la actualidad hay una deformidad, llamada Cicloopia, que recuerda la disposición singular de los órganos visuales de aquellos monstruos.

Se comprende que con estas condiciones naturales se hayan impresionado los hombres y encuentren tantos motivos para divagar en diferentes sentidos. En el aspecto idealista y religioso la Biblia nos refiere, que Tobías se durmió al pié de un muro donde anidaban muchas golondrinas; las deyecciones de estas aves ensuciaron los ojos de este personaje y perdió la vista; San Rafael

vino en su auxilio por disposición Divina y aplicó al enfermo el hígado de un pez cogido en el Tigris, sanándolo inmediatamente. Por eso representan los artistas a nuestro Custodio con un pez en la mano. En el Evangelio de San Juan, se lee también, que Jesús devolvió la vista a un ciego de nacimiento ungiendo sus ojos con un poco de tierra, mezclada con su divina saliva.

Más como la naturaleza es inagotable en sus contrastes, parece que en ciertas circunstancias hasta la falta de la visión la ha compensado con aptitudes suplementarias en ciertos órganos más privilegiados, para que no se perdieran las producciones de su ingenio. Homero estaba ciego y en este lamentable estado compuso los dos más admirables poemas que poseyó la Grecia y que recitaba a la puerta de los palacios donde celebraban sus banquetes los magnates de su tiempo. Milton, el poeta inglés más celebrado por todos los literatos, dictó a sus hijas *El Paraíso Perdido*, porque carecía de vista. Leopardi el gran poeta italiano, célebre a pesar de su pesimismo proverbial, veía poco y sus obras fueron dictadas a sus familiares. Pero donde se acentuó más este contraste, es en el oculista Javal, miembro de la Academia de Medicina de París y práctico muy estimado. Después de tener la desgracia de quedar ciego, inventó el ortómetro, instrumento muy estimado en oftalmología y descubrió el sentido de los obstáculos, disposición que se desarrolla en las personas que pierden la vista.

Los poetas y los novelistas han tomado también a los ciegos como protagonistas de sus creaciones. Pérez Galdós ha ideado su *Marianela* y Echegaray ha hecho lo mismo en uno de sus dramas. Pero nada tan conmovedor como el relato de Chasta, el de la voz armoniosa. Este personaje, interesante, instruido y prudente, refiere al joven francés René sus trágicos amores con Atala; estaba ciego y era guiado por las orillas del Meschascébe por una bella joven, como Antígona guiaba a Cíterón, o como Malbina conducía a Orión sobre las cumbres de Morván. Entre los corazones sensibles vivirá eternamente la obra de Chateaubriand. Pero donde las curiosidades oftalmológicas encuentran su mayor campo de investigación, es en la fisionomía y la expresión de los ojos. Si en la cara humana la boca es el lugar donde se marcan las pasiones, en los ojos se patentizan mucho los sentimientos que animan a cada persona y el grado de vivacidad e inteligencia que posee. Con el movimiento de los ojos se ama, se odia o se desprecia, se reconviene o se elogia, y hasta el necio y orgulloso, mide con su mirada la distancia a que coloca la persona a quien dirige la palabra.

Baltasar Gracián dice en el *Criticón* con su sabroso lenguaje: «los ojos son en el cuerpo, lo que las dos lumbreras en el cielo y el entendimiento en el alma. Ellos suplen todos los demás sentidos y todos juntos no bastan para suplir su falta. No solo ven, sino que escuchan, hablan, vocean, preguntan, suspenden, riñen, espantan, apasionan, agasajan, ahuyentan, atraen y ponderan

y todo lo abrazan; con los ojos solamente, y sin usar palabras, se puede decir mucho. Cuando Pedro negó a Cristo, nos dicen sencillamente que *el Señor miró a Pedro*. Esa mirada de triste reconvención, fué lo bastante; Pedro se retiró a llorar amargamente.

Los ojos de las mujeres merecen todavía un momento de atención; unos ojos grandes y expresivos, son para muchos de un poder irresistible, y si el ángulo externo está más bajo que el interno, puede asegurarse que alcanzan el límite de la belleza; nuestra compatriota la Emperatriz Eugenia, poseía esta rara conformación, que unida a otros detalles, llegó a ser de fama universal; en cambio los ojos redondos, pequeños, como son los de ciertas razas, no merecen la admiración de los hombres de gusto refinado.

El color de los ojos en la mujer tiene para muchos grandísima importancia y suscitan animadas y acaloradas discusiones entre los sujetos galantes. Los ojos negros parecen indicar la pasión; los azules la bondad; los grises la agudeza del ingenio; los verdes son los más raros de descifrar y los que suelen tener menos partidarios.

Sin embargo, el poeta Bécquer consuela en versos sugestivos a una joven que se afligía por tener los ojos verdes. Circe, la diosa maga que envenenaba a sus amantes, tenía los ojos verdes y era admirada su belleza por sus devotos los griegos. Minerva, diosa de la sabiduría, según nos dicen los poetas, formaban sus ojos verdes un raro contraste con sus marciales atavíos.

No intento mediar en esta discusión y menos fallar pleitos tan delicados. Uno de mis poetas favoritos, ha escrito estos bonitos versos:

Miré al abismo..... la sombra;
 Miré a los cielos..... el aire;
 Miré a tus ojos..... no miro
 desde entonces a otra parte.

Manuel del Palacio, autor de esta cuarteta, no nos dice el color de los ojos que tanto le atraían. Por mi parte solo me atrevo a afirmar, que sea cualquiera el color de los ojos de las mujeres, encuentro en nuestra Patria a muchas que los tienen muy bellos.

José Amo

